

Por encima de las más altas cumbres

Hermoso Homenaje

No me pudieron dar mejor noticia. Los que, por vocación y ministerio, llevamos lo de Javier en el alma, a flor de labio y en la pluma, no podemos menos de exultar con el anuncio. Entre los homenajes que a nuestro Santo y Patrón han de dedicarse este año de su Centenario se abre paso el

de nuestros montañeros del CLUB NAVARRA, con los que nos hemos encontrado en más de una ocasión por esos montes de maravilla que el Señor nos regaló para ser índices que nos señalen el cielo y atalayas desde donde podemos ver, con la debida perspectiva, la vida de la humanidad sobre la Tierra.

Sabemos ciertamente de las aficiones deportivas de Javier—cosa muy natural y necesaria en un joven sano de cuerpo y espíritu como él lo fué—pero de lo que no podemos tampoco abrigar duda alguna es de que se ejercitó en el montañismo aunque en aquel entonces no hubiera clubs organizados de ese deporte tan ideal y formativo. No necesitaba alejarse mucho de su casa solar. Desde las torres, empennachadas de almenas de su Castillo, el incitante escenario del Pirineo nevado ejercería esa inquietadora sugestión de la montaña que tan de cerca se columbra. En su mocedad y con los estribos del Pirineo que llegan a domicilio, tuvo que ascender a aquellos el que había de hacer de su vida un perpetuo caminar y una ascensión ininterrumpida hacia el más allá.

Nos lo figuramos en las familiares visitas a Leire. Mientras el sesudo tío D. Martín y aquel espejo de mujeres que fué su madre—María de Azpilcuenta—y las hermanas, hechas ya unas dueñas, departían en el día claro de la Pascua con los vecinos monjes del cenobio, el mozalbeta arriscado haría su



Maqueta de la
efigie de San
Francisco Javi-
er que va a
ser erigida en
la Mesa de los
Tres Reyes
(2.434 mts.)
punto culmi-
nante del País
Vasco - Nava-
rro. (Fot. F. Ripa)

escapatoria por la sierra para llegar al escondrijo de la fuente de S. Virila, o triscar hacia la cima del Arangoiti y desde allí saciar su alma de lejanías y percibir también el eco del misterio en las oquedades de las fauces que el Irati socavó, tenaz, en los siglos. Andando por allí y por el camino viejo que le llevaba al «estudio» de Sangüesa es donde adquirió aquella agilidad y tono deportivo (según diríamos hoy) que se echa de ver en sus gestos decididos al dar cara a los peligros que le acecharían en sus rutas misioneras. Ya en el viaje hacia el embarque en Lisboa le vemos salvar del abismo al pobre secretario del embajador que descalabrado queda colgado de una peña y librar de la muerte al aposentador cuando su mula arranca desbocada y como el más correcto cow-boy, logra cercarla y dominarla. Después, en el lejano Oriente le vemos adentrarse sin miedo por los arrecifes de la Pesquería en salvamento de aquellos desdichados pescadores y visitar despreciando los temores que tratan de infundirle aquellas islas de salvajes que asaetan y emponzoñan. Nada le arredra porque desde niño se acostumbró al riesgo y al duro trato del cuerpo que le enseñó el deporte.

Es una pena que él, como su hermano mayor San Pablo, no dedique al paisaje y la descripción nada de su nutrido epistolario. De los países, tierras y mundo que anduvo nada se nos narra. Es el mundo de las almas, son los hombres y sus cosas en su sentido más trascendente lo único que les absorbe. Por otro lado, se hace ridículo pedir nada prematuro. Hasta los albores del Romanticismo en el siglo

XVIII, no se había de incorporar el paisaje en la literatura. El mismo lamentó y queja tiene Majó Framis para otro andariego, Marco Polo.

Nuestro gozo, al saber del homenaje de los montañeros, es por dos motivos. Por lo que supone de reconocimiento al Santo, al que se le rezará en su Castillo, y porque se le evocará, y, como símbolo de todo el sentido trascendente y señero de su vida, será colocado en efigie sobre la más alta cumbre de Navarra y del país, en la Mesa de los Tres Reyes, cimera del Pirineo. Pero nos alegramos también porque nuestros muchachos, al honrar al Santo en esta forma, nos dan una hermosa lección. Hay gestos que definen y yo quiero pensar, ilusionado con nuestra juventud, que no son indignos de la extirpe ya que lo hacen con perfecta espontaneidad y a su cuenta. Los que esperamos que el lugar de Javier se redima de la despreocupada incuria en que vivió por siglos contemplamos alborozados estos signos de los tiempos. Lo de Javier es una buena causa que ha de ir adelante al ritmo incontinentemente misionero de nuestra era. Y la juventud lo ha entendido y se incorpora. De ahí el gesto y gallardía de nuestros mejores mozos que lo quieren llevar a lo más alto. Ellos nos irán dando detalles de sus propósitos, de su valiente programa. Sabemos que lo harán y que todos andaremos más seguros desde que Javier, bendiciendo y enarbolando la Cruz, se asome, en el pedestal de la más alta cumbre, para presidir la vida y heredad de sus paisanos.

C. S.